

Obra ganadora del III Premio Internacional
Cuadernos del Laberinto de Historia, 2022

FRANCISCO JOSÉ PEÑA RODRÍGUEZ

De Alfonso XIII a Tierno Galván

Estampas del siglo XX español

Prólogo: JOAQUÍN LEGUINA HERRÁN



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

—ANAQUEL DE HISTORIA, n.º 13—

MADRID • MMXXII

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © FRANCISCO JOSÉ PEÑA

Del prólogo © JOAQUÍN LEGUINA

De la edición © Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

Directora de la colección: ALICIA ARÉS

Revisión ortoestilística: LETICIA MERCADO

Diseño gráfico y maquetación: Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Primera edición: Noviembre 2022

I.S.B.N: 978-84-18997-27-3
Depósito legal: M-26984-2022

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

Í N D I C E

Sobre este libro	7
Prólogo, por Joaquín Leguina Herrán	9
Introducción:De Alfonso XIII a Tierno Galván	17
La compleja relación personal entre Antonio Maura y Alfonso XIII	25
1. Alfonso XIII, el rey polémico	30
2. Antonio Maura: un conservador puro	37
3. Dos hombres de su tiempo ante el fin del liberalismo	42
4. El rey sin Maura	46
Franco vs. Salazar. Perfil político-académico de los dictadores ibéricos	55
1. Salazar, un profesor en el poder	59
2. Franco, el militar africanista	65
3. Algunas diferencias entre dos dictadores de derechas	69
4. Breves similitudes de los dictadores ibéricos	75
El amigo americano. El apoyo exterior a Franco de los presidentes republicanos de EE.UU. (1953-1975)	87
1. Ike, los Pactos de Madrid y la visita de 1959	90
2. Richard Nixon, el anticomunista amigo de Franco	93
3. Gerald Ford: entre Franco y el rey	99

El nuevo antifranchismo: oposición y anticapitalismo	105
Los proyectos de transición a la democracia durante el franquismo	113
1. Contra Franco: exilio republicano y generales monárquicos	117
2. Todo parece inclinarse hacia la Monarquía	123
3. Hacia la transición efectiva	127
Las elecciones municipales de 1979 en Madrid: del tardofranquismo a Tierno Galván	133
1. De los alcaldes franquistas a los candidatos y sus candidaturas	135
2. La campaña electoral y las elecciones	142

SOBRE ESTE LIBRO

«Una nación que olvida su pasado no tiene futuro»
Sir Winston Churchill

«Más libros, más libres»
Enrique Tierno Galván

«La transición española dará un ejemplo al mundo»
Adolfo Suárez González

Los textos que aquí se recogen en forma de capítulos fueron previamente trabajos académicos publicados durante los cursos 2019-2020 y 2020-2021 que me sirvieron para la obtención del Máster en la España Contemporánea en el Contexto Internacional, por la UNED. Hasta ahora, únicamente los profesores de las materias en cuestión y el autor de estas reflexiones históricas —es decir, yo mismo— habíamos leído los estudios sobre los personajes del siglo XX que los protagonizan: Alfonso XIII, Antonio Maura, Francisco Franco, Oliveira Salazar, Ike Eisenhower, Richard Nixon, Gerald Ford y Enrique Tierno Galván, entre otros. Todos ellos despertaron mi interés histórico en innumerables lecturas previas y, una vez matriculado oficialmente en la UNED,

quise plasmar sus perfiles en el contexto del tema general de cada asignatura.

Por otro lado, este libro está dedicado a quienes me han enseñado la Historia, con mayúsculas; sobre todo porque me han guiado académicamente para saberla transmitir a los demás. Mi primera deuda, pues, es con los profesores Marta Bizcarrondo y Francisco Caudet, de la UAM, *in memoriam*. Deseo expresar un especial agradecimiento a los profesores Abdón Mateos (UNED) y Manuel Ortiz Heras (UCLM), dos historiadores actuales de primer orden cuyas conversaciones y comentarios me han resultado muy útiles en todas ocasiones. Debo asimismo un especial agradecimiento a quienes, con su conversación *histórica* en inolvidables sobremesas, repasan siempre conmigo la Historia y la Intrahistoria del siglo xx. En el grupo de Madrid, destaco a Joaquín Leguina, Luis Alberto de Cuenca y Carmen Gallardo. Y en el grupo de Tobarra (Albacete), sobre todo a Guillermo Paterna, Jesús Miguel Ruiz, Sol Sahorí y José-Leandro Martínez-Cardós.

Finalmente, mi gratitud especial —por la atención y apuesta clara por este libro— a Joaquín Leguina, quien leyó su borrador final y no dudó en encabezarlo con un prólogo. A Leticia Mercado, por la lectura del manuscrito y por sus agudas observaciones sobre el mismo. Y, por supuesto, a Alicia Arés, inteligente editora de Cuadernos del Laberinto.

P R Ó L O G O

Por Joaquín Leguina Herrán

Estos ensayos de contenido histórico-político, que el amable lector tiene en sus manos, son fruto de la visión objetiva y brillante del profesor Francisco José Peña y abarcan temas que van de la «compleja relación personal de Antonio Maura y el Rey Alfonso XIII» a las primeras elecciones municipales (1979) en la capital de España. Tienen estos textos la gran virtud de la claridad y la fácil lectura.

Como concejal, fui elegido en aquellos comicios municipales y me atreveré a contarles mi experiencia en torno a lo ocurrido durante aquellas fechas, pues inmediatamente después de lo narrado por Francisco José Peña ocurrieron dentro del PSOE cambios copernicanos de indudable interés. Aquí va mi versión.

El día de las elecciones municipales de 1979 fui a votar temprano. Después subí con una amiga a pasar el día a un pequeño chalet que ella —junto a otros— tenía alquilado cerca de Torrelaguna. La muchacha, cuyo matrimonio acababa de naufragar a causa de los celos (seguramente justificados) de su marido, no me tomó como paño de lágrimas, sino que su intención era iniciar una andadura desprejuiciada en la que quería convertir su recuperada libertad... La verdad es que no le hice ascos a la oferta y ella, «sin bridas y sin estribo» y también sin reposo, se puso a la tarea.

Pasadas ya las diez de la noche y sin haber almorzado, nos fuimos a cenar a un restaurante cercano. Allí me enteré de los resultados electorales y pensé que mis compañeros me estarían esperando en Madrid para celebrarlos.

Por eso me presenté en la Casa de la Villa. Antes de que dieran las doce ya estaba yo entre la multitud que celebraba el triunfo, pues aunque UCD había sido el partido más votado, todo el mundo suponía que socialistas y comunistas unirían sus fuerzas —como ocurrió de inmediato— y harían alcalde de Madrid a Tierno Galván.

Fue así como me hice cargo de la Hacienda Municipal, la cual, con escasos recursos, amenazaba ruina.

Aquella «victoria» municipal, conseguida tras el pacto con los comunistas, hizo muchos alcaldes socialistas y, en cierta medida, representó para el PSOE un premio de consolación tras la pérdida —pocos meses antes— de las elecciones generales, que Suárez había convocado inmediatamente después de que fuera aprobada la Constitución. Unas elecciones generales en las cuales todos los pronósticos daban como ganador al PSOE y que éste perdió a causa del discurso de fin de campaña pronunciado por Adolfo Suárez y emitido por La 1, única televisión oficial y pública.

En aquel discurso, el siempre conciliador Presidente había desenterrado el hacha de guerra, arremetiendo no tanto contra el programa electoral de los socialistas como contra sus principios ideológicos, especialmente contra el proclamado marxismo del PSOE... y Suárez no iba tan desencaminado al denunciar algunos excesos verbales e ideológicos, pues desde la Secretaría de Formación del PSOE, cuando la ocupaba Luis Gómez Llorente, se repartían, recomendando encarecidamente su lectura, los libritos de marxismo-althusserismo de Marta Harnecker, en una edición pirateada de las editadas por Siglo XXI en México. Yo no salía de mi asombro cuando, días después de ingresar en el Partido, vi los miles de ejemplares del «catecismo» de la Harnecker acumulados en la sede central del PSOE, listos para ser repartidos entre los afiliados.

Pensé entonces que los pujos izquierdistas de una parte del PSOE eran el resultado de un complejo de inferioridad respecto al PC. Complejo que, desde luego, Felipe González no compartía.

No es de extrañar, por tanto, que en aquellas condiciones González, como Secretario General, decidiera cortarle la barba cuando antes al pensador de Treveris, y se preparara para hacerlo en el congreso que se iba a celebrar en el verano de 1979. Me malicié que algo se estaba cociendo cuando presenté mi candidatura en la agrupación local para asistir al congreso y fui derrotado.

Ya fueran las prisas, ya se debiera a una excesiva confianza en los propios argumentos, cuando González y sus partidarios sentaron a don Carlos Marx en la silla del barbero y se dispusieron a pasarle la navaja —sin antes haberle dado con la brocha una mano de espuma—, el «paciente» comenzó a gritar y se armó un escándalo.

En efecto, la Comisión que debatía en una sala del Palacio de Congresos del Paseo de la Castellana la cuestión de si el PSOE se debía definir como marxista o si debería abandonar ese apellido votó, y los partidarios de las barbas de Marx ganaron la votación. Lo mismo ocurrió en el plenario («Vino nuevo, pero en odres viejos», argumentó Paco Bustelo, uno de los defensores del marxismo)... y Felipe González, cuya continuidad nadie cuestionaba, dijo que en esas condiciones él no sería el próximo Secretario General.

Se armó la marimorena y lo curioso del caso fue que los «marxistas» no se vieron capaces de ofrecer al Plenario una nueva dirección en la que no estuvieran ni González ni Guerra ni Solana... así que se decidió repetir el congreso después del verano, mas, para entonces, la masa capilar de Marx había recibido varias manos de jabón con suave brocha y la barba del santo cayó bajo la cuchilla como la cabeza de Robespierre bajo la guillotina, pero esta vez sin una sola gota de sangre.

Los dirigentes de la Federación madrileña se prepararon durante aquel verano de 1979 para la batalla y, aunque yo había dedicado muchas horas al estudio del viejo Marx, era público que yo ya no estaba por la labor de levantar ninguna peana sobre la cual poder adorar a un pensador muerto en 1883. Así que salí para el congreso extraordinario

en el cual Felipe González volvería —como MacArthur a las Filipinas— apenas tres meses después de su marcha.

¡Aquella crisis «filipina» de 1979 representó para mí el salto a la primera línea de la política madrileña y, como suele suceder, aquella *petite prise du pouvoir* (que no fue, desde luego, la de Luis XIV) no se explica por mi sola voluntad, sino por un cúmulo de circunstancias y casualidades que —*a posteriori*— suelen denominarse con el apelativo de «destino».

A los vencedores del primer congreso, el del marxismo, se les pasó por alto que mientras ellos ganaban las votaciones ideológicas sus adversarios les habían madrugado en lo referente a los Estatutos, aprobando una fórmula según la cual las agrupaciones locales ya no tendrían representación directa en los congresos socialistas. Votarían las federaciones o, mejor dicho, los cabezas de esas delegaciones, con lo cual, cuando en el congreso extraordinario del otoño de 1979 Alfonso Guerra (cabeza de la Federación andaluza) levantó la tarjeta de votación, votó con él la cuarta parte del Partido.

En la elección de la delegación madrileña, González —que había decidido presentarse por Madrid— recibió un varapalo urdido por Alonso Puerta, el entonces Secretario General de la Federación Socialista Madrileña. Puerta, que era un hombre hábil, se había unido sin excesivo entusiasmo a las huestes de los marxistas, que para entonces ya recibían el nombre de «críticos». De esta guisa, Puerta contó con una cómoda mayoría en Madrid, pero en lugar de quedarse con todos los puestos de la delegación (cosa que podía haber hecho al realizarse la elección por el sistema mayoritario) reservó tres puestos para la minoría felipista y manipuló los votos de sus parciales para que González no fuera el más votado; en su lugar me prefirió a mí, que además contaba con una buena cantidad de votos «críticos». Puerta mostró ahí su imaginación, pero no se apercibió de que se estaba cavando su propia tumba política.

El congreso extraordinario de aquel otoño de 1979 fue un paseo militar para las huestes de Felipe González, pero el congreso regional

posterior que había de celebrar la FSM resultó problemático. Puerta contaba, *a priori*, con una mayoría clara, mas las cosas se le complicaron. El congreso comenzó en el viejo local de la calle Tomás Bretón, cercano a la cárcel de Yeserías, y lo hizo con aires de fronda, pues algunos críticos de pata negra no acababan de fiarse de Alonso Puerta, en quien veían más a un táctico que a un convencido de las tesis «marxistas». Los felipistas no desaprovechamos la ocasión para incitar a la división en las filas de los adversarios... y tuvimos éxito. Como resultado se presentaron tres listas y, ante lo apretado del escrutinio, el recuento se demoró hasta la madrugada.

A esas horas yo dormía en mi cama. A las siete de la mañana vino a sacarme del sueño el timbre del teléfono, desde cuyo auricular pude oír la voz de un compañero que me anunciaba con gran entusiasmo que yo era el nuevo Secretario General. «Hemos ganado el Congreso», aseguró la voz, «aunque no llegan a treinta los votos que le hemos sacado de ventaja a Puerta».

Aquella victoria —que muchos consideraron pírrica— cambiaría la FSM y, al consolidarse en pocos meses, se trasladó a las instituciones. Aunque no fuera mi voluntad, se desataron movimientos difíciles de controlar.

La Diputación provincial —ésta también— quedó, tras las elecciones municipales, en manos de la coalición «social-comunista» (como así la llamaron los periódicos de la derecha) y como Presidente fue elegido Carlos Revilla. Revilla, médico neurólogo, se había especializado en Alemania, y en aquellas tierras había ingresado en el PSOE. Era amigo personal, a la vez, de Puerta y de González, pero entre sus compañeros de la Diputación levantaba una encendida división de opiniones. Dada su profesión de médico, procuraba no levantar ampollas entre los profesionales del Hospital Provincial (antiguo Hospital Francisco Franco, hoy Gregorio Marañón) y esa fue la chispa que encendió la hoguera, pues algunos de sus compañeros de la Diputación (como Ferreras, María

Gómez Mendoza o José Borrell) consideraron que ya era hora de dar ejemplo de buena gestión en la institución más grande y visible bajo su mando, que era, precisamente, el Hospital, dentro del cual abundaban los médicos que compatibilizaban su trabajo público con sus clínicas privadas, hacia las que —eso aseguraban los diputados contrarios a Revilla— desviaban un buen número de enfermos. Por eso pretendían incompatibilizar ambas funciones. El debate dentro de la Diputación —como es habitual— se enquistó, y salió de allí para acabar por solventarse en un Comité Regional que se convirtió en una batalla a cara de perro en la cual se impuso la dialéctica —a menudo implacable— de José Borrell. Al final se votó y Carlos Revilla salió derrotado. Pocos días después dimitió como Diputado provincial y como Presidente de la Diputación.

En fin, inauguré el cargo de Secretario General metido en un rompecabezas que, como pronto acabaría aprendiendo, era el estado natural de la vida política intra y extrapartidaria.

Durante el verano de 1981, pocos meses después de la noche toledana pasada en la sede municipal con ocasión del golpe de Estado del 23 de febrero, saltó en el Ayuntamiento la segunda crisis, provocada ésta directamente por Alonso Puerta, quien ya no era Secretario General, pero seguía siendo el portavoz socialista en la Corporación municipal.

En los últimos días de julio yo le había comunicado al Alcalde mi intención de tomarme unas vacaciones «como es debido». «Tómelas usted y disfrute, que en la vida no todo han de ser disgustos... y esa KLM es un nido ruidoso y lleno de ambiciones», me animó don Enrique Tierno, siempre proclive a confundir (adrede) siglas y nombres, en aquella ocasión, KLM por FSM.

Por aquella época llegaron a Madrid varias empresas europeas con la intención de instalarse en un mercado «muy prometedor»... y entre ellas arribó una corporación sueca dedicada a los servicios municipales. Uno de sus potenciales clientes era el Ayuntamiento de Madrid, que

acababa de hacer público un concurso para el adcentamiento de varios parques de la capital... y los suecos, según era opinión general, tenían relaciones estrechas con la socialdemocracia.

Los suecos aparecieron por el Ayuntamiento en un mes tan poco propicio como agosto, de la mano, eso sí, de algún dirigente del PSOE con despacho en la calle Ferraz. Llegaban con la única intención (al menos eso asegurarían más tarde) de enterarse de cómo iba la marcha del concurso de limpiezas... Por eso se entrevistaron —estando de vacaciones los concejales de Medio Ambiente y de Hacienda— con Jesús Espelosín y Baltasar Aymerich, delegados en esas dos concejalías.

Mas siendo Madrid el mentidero que ya era en tiempos del Conde de Villamediana y aunque esta vez no hubiera en el entuerto «amores reales», se corrió la voz entre las empresas españolas que aspiraban a ganar el concurso de que los suecos habían entregado dineros contantes y sonantes al PSOE, a cambio de quedarse con las concesiones de las limpiezas.

Una de las empresas españolas —especialista en concursos municipales y al frente de la cual había dos primos que no tardarían en hacerse famosos— se dirigió a un concejal de la oposición, ingeniero y especialista en estos y otros temas (se llamaba y se llama Florentino Pérez), y dicho concejal —quizá por no querer hacer demasiado ruido o, simplemente, porque pensó que era la mejor manera de abortar el asunto— le transmitió a Puerta la chapuza ilegal que parecía estarse preparando. Alonso Puerta, convencido de que la «operación» se había consumado— cuando se había realizado, además, a sus espaldas—, debió de sentirse doblemente traicionado (como persona y como jefe del grupo municipal)... y tiró de la manta. Los periódicos cayeron sobre el asunto como las moscas sobre la miel (o sobre otros materiales menos nobles) y los titulares y las editoriales se sucedieron sin cuento.

El cierre de la crisis municipal fue traumático y acabó con Alonso Puerta fuera del PSOE y, según la ley entonces en vigor, también fuera

del municipio. Sus amigos, solidarios con él, lo siguieron para formar poco después un nuevo partido, el PASOC, que acabaría integrándose en Izquierda Unida, coalición a la que Alonso Puerta representó en el Parlamento Europeo durante varias legislaturas.

De aquellos primeros años de la Democracia recuperada que luego se llamó Transición y durante los cuales fui actor, aunque secundario, recuerdo con alegría sobre todo a los nuevos amigos, un capital personal que salió casi por completo de las filas del PSOE. Por ejemplo, Feliciano Páez, que tanto me enseñó, aunque no sé si fui un alumno aplicado. Vuelto del destierro norteafricano, había entrado a trabajar como abogado en el Ayuntamiento de la capital, donde lo encontramos cuando nos hicimos cargo del gobierno municipal. Le pedí que se viniera a un despacho aledaño al mío y allí se instaló, ayudándome y evitándome más de una metedura de pata. Más tarde, Páez fue Presidente de la FSM y también senador. Murió a causa de una estupidez médica y aún sigo lamentando esa ausencia prematura.

También Ana Tutor, funcionaria del Ayuntamiento, que fue jefa de Gabinete de Tierno Galván y paño de lágrimas de muchos, pues su despacho pronto se convirtió en confesionario de todas las cuitas. Ana murió después de sufrir una enfermedad que, sin serlo, tuvo sobre su cuerpo aún joven el mismo efecto que el de la leucemia.

Abandonada tiempo atrás la revolución, nos quedaban las reformas que estaban destinadas a cambiar España—o eso creíamos...— y a nosotros nos había tocado el mayor Ayuntamiento del país.

INTRODUCCIÓN: DE ALFONSO XIII A TIERNO GALVÁN

La Historia Contemporánea de España, singularmente lo acaecido entre 1898 y 1975, explica sin duda el acontecer social, económico y político de nuestros días. Ese siglo complejo y controvertido para nuestro país dejó episodios cruciales: momentos política y socialmente diversos protagonizados por políticos que, con la perspectiva proporcionada por el tiempo, han resultado ser líderes o estadistas de primer orden, aunque en el momento del ejercicio de su cargo fueran cuestionados, criticados y, claro está, también apoyados por la mayoría de los españoles.

Acerca de la perspectiva de la Historia, las clases de *Historia de España del siglo XX*, impartidas por Marta Bizcarrondo en la Universidad Autónoma de Madrid, me permitieron explorar, conversando y debatiendo con ella y con mis compañeros, la compleja figura política de Antonio Maura (1853-1925).¹ El político mallorquín, emparentado con la saga liberal de los Gamazo, suscitó por igual odio y admiración entre los españoles de su tiempo. Su propuesta de autonomía para Cuba, aún como ministro liberal de Ultramar (1892-1894), hubiera podido evitar la guerra colonial de 1898, con la consiguiente salvaguarda de vidas. Más tarde, como líder del Partido Conservador, rompió en dos el grupo consolidado por Cánovas a partir de la Restauración. Ahora bien, en su haber se cuentan iniciativas como la creación del Instituto Nacional de Previsión (1908) y otras medidas de protección industrial, de lucha contra la trata de blancas o de reforma de la administración local, no

1 Curso académico 1999-2000. La calificación final que obtuve, concedida por la profesora Bizcarrondo, cuyo cariño y capacidad de análisis me guio con acierto por las procelosas aguas del complejo siglo XX, fue de matrícula de honor.

siempre bien recibidas por el Parlamento y la sociedad de su época. Por extensión, su relación personal con Alfonso XIII resultó compleja y estuvo plagada de altibajos por cuenta de la intromisión indebida del monarca en la vida política y de algunas intransigencias del propio líder maurista. Algo debió de pesar asimismo la enemistad soterrada de la reina madre María Cristina de Habsburgo por el acuerdo jurídico con los hijos ilegítimos de Alfonso XII, en el que intervino Antonio Maura en su faceta de jurista.

Con todo, Antonio Maura resultó ser el primer líder de la derecha española del siglo XX, más o menos asimilable en características y discurso al conservadurismo europeo, sobre todo de raíz católica. Con el tiempo, los intentos de articular un centroderecha quedaron desdibujados primero por el asesinato de Eduardo Dato y después por el fracaso de la italianizante Unión Patriótica de Miguel Primo de Rivera, o por el ensombrecimiento de José María Gil-Robles a cargo de los grupos más extremistas y significativamente antirrepublicanos de los años treinta. También por la larga dictadura del general Franco, cuyo régimen se nutrió ideológicamente de todos los elementos derechistas, católicos, monárquicos y falangistas que nada tenían en común con el Partido Conservador de Cánovas del Castillo, salvo el apego de este último partido a las instituciones. En la Transición, quizás la consolidación de la Alianza Popular de Manuel Fraga —a la sombra de las mayorías absolutas del PSOE de Felipe González— permita hablar de un nuevo perfil de la derecha española, al menos en cuanto a alternativa viable, como noventa años atrás lo había sido Antonio Maura en las diversas etapas en que fue presidente del Consejo de Ministros.

El rey Alfonso XIII intervenía en política sin discreción, por ejemplo en nombramientos militares; asumía papeles inapropiados para un monarca constitucional y sus errores repercutieron, sin duda, en la viabilidad del régimen monárquico. Entre otras, la de Maura fue una de las escasas voces críticas contra algunas licencias del soberano, aunque

no siempre pudo reconvenir al sucesor de Alfonso XII. Por otro lado, ante esos errores del jefe del Estado, la sociedad no protestó claramente, salvo con propuestas republicanas que no se materializaron hasta 1931. Entretanto, los sucesivos gobiernos dejaron correr el tiempo sin tomar medidas concretas, dando lugar incluso a un elevado número de gabinetes ministeriales, desde 1902 hasta el golpe de Estado de Primo de Rivera del 13 de septiembre de 1923. Aun así, la colaboración Maura-Alfonso XIII fue duradera y efectiva, a pesar de la predilección del monarca por algunos políticos liberales, sobre todo el conde de Romanones. La entidad política de Antonio Maura lo convirtió prácticamente en el único candidato para encabezar los gobiernos de concentración nacional, casi hacia el final de un periodo liberal que derivaría —entre otros factores por el intervencionismo real— en la dictadura primorriverista y, finalmente, en la caída del régimen el 14 de abril de 1931.

Algunas de las dictaduras más largas de la historia se dieron en el siglo XX. Portugal y España, en ese orden, tuvieron como jefes del Estado a dos políticos conservadores, fervientes católicos y más o menos austeros, aunque este último aspecto viene siendo discutido por la historiografía más reciente. El profesor de Economía Antonio María de Oliveira Salazar llegó al poder luso a finales de la década de los años veinte e instauró una dictadura conservadora y filo fascista denominada Estado Novo, que encabezó hasta su accidente vascular de 1968. Paralelamente, tras la Guerra Civil española (1936-1939), el general Francisco Franco encabezó una dictadura personal —apoyada por un conglomerado ideológico oficialmente denominado Movimiento Nacional desde 1943— durante treinta y seis años. Ambos estadistas murieron casi en el ejercicio de sus cargos, pues la enfermedad los incapacitó al final de sus respectivas vidas para el ejercicio de sus funciones.²

² En el caso de Francisco Franco, la incapacidad fue cosa de escasos días tanto en 1974 como en 1975.

Con todo, las diferencias entre los dos —y sus poco halagadoras opiniones mutuas— radicaban en su formación académica. Salazar fue claramente un intelectual, un catedrático de Economía de la Universidad de Coimbra cuya capacidad de trabajo le permitió idear y materializar políticamente un nuevo Estado totalitario, rompiendo con la República precedente de la que había sido ministro. Absolutamente todo el Estado Novo portugués salió de la pluma de Oliveira: la PIDE, el partido único, la política exterior —sobre todo la colonial— y, cómo no, las directrices económicas que fueron fruto de su especialidad académica. Por el contrario, el Caudillo español tuvo en la figura de Ramón Serrano Suñer, su cuñado y principal ministro, al autor del Movimiento, con clara inspiración en algunas políticas de la Italia fascista. El ministro Serrano encabezó *de facto* hasta su destitución el partido único, FET-JONS, así como la política exterior española. Ahora bien, el Generalísimo, pese a sus limitaciones académicas, fundamentadas singularmente en la formación militar recibida, suplió la falta de capacidad con la prudencia y con un acierto proverbial —o *baraka*— en el momento de elegir colaboradores como el ministro Gómez Jordana cuando el curso de la Segunda Guerra Mundial giraba a favor de los aliados o, más adelante, los ministros económicos del Opus Dei, autores del Plan de Estabilización de 1959.

Franco preparó durante su régimen el proceso de sucesión escogiendo, no sin largos silencios, al infante Juan Carlos de Borbón en 1969. Contrariamente, a raíz de la incapacidad de Oliveira para regir el Estado Novo, su sustitución por Marcelo Caetano en 1968 fue acelerada, fruto de las circunstancias sobrevenidas. Este hecho y la descomposición del antiguo mapa colonial portugués desembocaron en la Revolución de los Claveles de 1974, que forzó el exilio del presidente del Consejo a Brasil. A pesar del bunker, la España franquista acabó derivando en una monarquía parlamentaria, previo pacto entre los grupos políticos en el poder y los de la oposición, a su vez depositarios del legado republicano.

La supervivencia del Caudillo en la Jefatura del Estado cerca de cuarenta años se debió, sin embargo, a varios factores, más allá de los lugares comunes atribuidos a la *baraka* de Franco o al acierto al rodearse de buenos y útiles colaboradores. En resumen, el apoyo norteamericano, esencialmente a partir de 1952, colocó a España en la órbita occidental, dentro de la división geoestratégica de bloques de la Guerra Fría. Por extensión, el apoyo tácito de los presidentes estadounidenses pertenecientes al Partido Republicano (Eisenhower, Nixon y Ford) supuso el espaldarazo definitivo al Franquismo y la pérdida de opciones de los grupos de oposición, más o menos desunidos y dispersos hasta los años sesenta. La visita a España de los citados estadistas norteamericanos colocó al Franquismo en el escenario geopolítico internacional, ayudando incluso a su propaganda. Bien es cierto que algunos de ellos, como Eisenhower, compartían con el Caudillo español algo más que una visión política internacional: ambos eran militares, conservadores, católicos y, según los medios de la época, vitalmente austeros, rasgos que además compartían con el presidente luso Salazar. Sea como fuere, los ministros de exteriores franquistas desde Alberto Martín-Artajo tejieron redes de conexión económica y militar con los Estados Unidos —en algunos momentos discutidas, por ejemplo, por Carrero Blanco—, que contribuyeron a la consolidación no solo del Generalísimo, sino también de los grupos católicos y tecnócratas en el poder, cuyos principios ideológicos coexistían con el pensamiento republicano yanqui.

La Administración Nixon coincidió con el denominado Tardofranquismo en España, momento en que la oposición democrática interior y del exilio comenzó a ganar terreno político —por ejemplo, las Comisiones Obreras—, pero también los miembros más extremistas del régimen confluyeron en el denominado *bunker*. Estados Unidos, en ese punto, siguió manteniendo preferentes relaciones con el régimen franquista: ni siquiera el escándalo Watergate hizo cambiar después a Gerald Ford hacia otras fórmulas distintas a la futura proclamación como rey

de Juan Carlos de Borbón. Las visitas a nuestro país de Richard Nixon y Gerald Ford—incluso las del secretario de Estado Kissinger o del gobernador de California, Ronald Reagan— contribuyeron evidentemente al sostenimiento del Movimiento Nacional en el poder, asegurándose además la fidelidad de una nación clave en el contexto internacional. Si bien es cierto que las administraciones demócratas precedentes de Kennedy y Lyndon Johnson mantuvieron un perfil bajo respecto a España, esa actitud no se puede traducir en una visión del régimen franquista distinta a la de una nación alineada con EE.UU. en momentos tan complejos como el año 1968.

El Franquismo contó asimismo con cierta oposición, algo más efectiva especialmente a partir de los años setenta. Los grupos políticos y sociales contrarios al dictador sumaban contra el Movimiento todas las ideologías, no únicamente contra los partidos y sindicatos que habían constituido el Frente Popular a inicios de 1936 y que, posteriormente, habían combatido unidos en el bando republicano. Así, con la salida del gobierno franquista del ministro Ramón Serrano Suñer en 1942, algunos elementos falangistas —singularmente el poeta Dionisio Ridruejo— pasaron a formar parte del antifranquismo. Asimismo, varios militares monárquicos que habían combatido contra la República en la Guerra Civil comenzaron a manifestarse contra la permanencia en el poder del Caudillo, el cual les había prometido en algún momento la restauración de la Monarquía. Por ello las figuras de oposición no se resumen en la mítica líder comunista Dolores Ibarruri, en Santiago Carrillo —con la cara y la cruz de sus acciones políticas como militante de las JSU y más tarde como secretario general del PCE— ni en Rodolfo Llopi, férreo en el control del PSOE en el exilio. Tampoco la figura del general monárquico Kindelán, entre otros, representaba una clara alternativa, pero sí apuntaba hacia un alejamiento del Franquismo en el que también se daban cita Dionisio Ridruejo, Mercedes Formica o los hijos de algunas familias franquistas, como José María Ruiz-Gallardón

y Javier Pradera. Contra Franco se anotan otros nombres relevantes en décadas posteriores como Joaquín Satrústegui, Enrique Tierno Galván y el antiguo líder de la CEDA, José María Gil Robles. Más aún, en el espacio de la democracia cristiana debemos anotar a Manuel Giménez Fernández, Jaime Miralles y a los futuros políticos de la UCD, Íñigo Cavero y Fernando Álvarez de Miranda.

El antifranquismo se posicionó contra el Generalísimo desde el final mismo de la Guerra Civil, pero también planteó alternativas democráticas al régimen desde la década de los años sesenta, cuando, a raíz de un accidente de caza sufrido por Franco, comenzó a fraguarse en el seno del régimen la sucesión del jefe del Estado. Además, desde inicios de los años setenta comenzaron a producirse movimientos políticos efectivos en la oposición, ante la evidente percepción de la posible desaparición física de Franco, aunque también por el contacto real con la sociedad española del momento. Incluso dentro de las propias «familias políticas» de la dictadura, ciertos sectores como los monárquicos *juanistas* de la Unión Española o los «camisas viejas» falangistas, desencantados con el acaparamiento del partido único por parte de franquistas advenedizos, se mostraron contrarios al régimen e incluso mantuvieron contactos y pactos con la oposición democrática de raigambre republicana.

La Transición legó al mundo desde España un ejemplo de tránsito pacífico de un régimen político dictatorial a un sistema plenamente democrático.³ En definitiva, implicó un ejercicio colectivo de pactos y renuncias entre actores políticos procedentes del Franquismo y de quienes, en el exilio o el interior, habían constituido claramente la oposición democrática. Entretanto, la Transición nos mostró la talla política de Adolfo Suárez, la consolidación de una nueva generación de líderes de izquierdas (González, Guerra, Leguina, Bono, Solana y otros), la

³ La violencia política, no obstante, hizo acto de presencia de la mano de grupos desde la extrema izquierda hasta la extrema derecha.

paulatina homologación del centro-derecha español con los postulados conservadores europeos y, sobre todo, inauguró el periodo de paz y prosperidad más largo de la Historia de España, puesto en peligro el 23 de febrero de 1981 por un golpe de Estado frenado en seco por la propia inercia democrática del país y por el destacado papel de Adolfo Suárez, Manuel Gutiérrez Mellado y Sabino Fernández Campo.

Con las dificultades de todo proceso político y, especialmente, con los aciertos colectivos —sin olvidar los individuales de Suárez y Torcuato Fernández Miranda—, quizás el momento cumbre de la Transición fue el 15 de junio de 1977, cuando las primeras elecciones generales se celebraron con normalidad y arrojaron una clara victoria centrista y pragmática de la UCD. Ahora bien, el 3 de abril de 1979 tuvieron lugar los primeros comicios locales desde la proclamación de la Segunda República. En general, la victoria de la UCD fue clara, aunque ensombrecida por la formación de gobiernos municipales de izquierdas (PSOE-PCE) en consistorios importantes como Madrid y Barcelona. Para aquella Alcaldía, Enrique Tierno Galván —un profesor represaliado, antifranquista y no tan viejo— formó gobierno acompañado de jóvenes socialistas que marcarían el paso de la política española de las siguientes décadas (Joaquín Leguina, Alonso Puerta, José Borrell, José Barrionuevo) y de comunistas bien avenidos con la Monarquía (Ramón Tamames, Cristina Almeida). En puridad, el notario centrista José Luis Álvarez ganó en votos y escaños, pero fue el Viejo Profesor quien formó gobierno, abriendo así la puerta a la definitiva victoria socialista de 1982 con el ejercicio del liderazgo a pie de calle, mostrando además que podían ser buenos gestores.

Como opina Joaquín Leguina, concejal de Hacienda con Tierno Galván en 1979 y primer presidente de la Comunidad Autónoma de Madrid entre 1983 y 1995, la gran diferencia con las elecciones municipales de nuestros días quizás estribe en el currículum de los miembros de las candidaturas.

Tobarra (Albacete), primavera-verano de 2022